

EL SACRIFICIO REDENTOR DE CRISTO EN SAN PABLO

Ofrezcamos nuestros Sufrimientos como Sacrificio



FEBRERO 27, 2019
HOLY CROSS CATHOLIC CHURCH
4705 S Main St, Los Angeles, CA 90037
Deacon Leonel Yoque

III. Significado del Sacrificio Redentor en San Pablo

Por tanto, hermanos, les ruego por las misericordias de Dios que presenten sus cuerpos como sacrificio vivo y santo, aceptable (agradable) a Dios, que es el culto racional de ustedes. ² Y no se adapten (no se conformen) a este mundo, sino transfórmense mediante la renovación de su mente, para que verifiquen cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno y aceptable (agradable) y perfecto. (Rm 12, 1-2).



Nuestros Sufrimientos como oportunidad de Sacrificio Redentor

El apóstol Pablo, por su parte, califica como «indigno» de una comunidad cristiana que se participe en la Cena del Señor, si se hace en un contexto de división e indiferencia hacia los pobres (Cf. *1 Co* 11, 17.22.27.34).¹

El ser humano no es extraño al sufrimiento, por eso no le faltan oportunidades para hacer sacrificios de tipo personal por el bien personal y común. A continuación, hacemos una lista de sufrimientos que pueden ser ocasión de sacrificio agradable a Dios cuando los presentamos en espíritu y verdad a Dios Padre para ser unidos a los de Cristo en la Cruz por la salvación de todos.

“La Sagrada Escritura es un gran libro sobre el sufrimiento. De los libros del Antiguo Testamento mencionaremos sólo algunos ejemplos de situaciones que llevan el signo del sufrimiento, ante todo moral:

1. el peligro de muerte, (cfr. Is. 38, 1-3).

¹ http://www.vatican.va/holy_father/special_features/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_20030417_ecclesia_eucharistia_sp.html # 20.

2. la muerte de los propios hijos, y especialmente la muerte del hijo primogénito y único. (cfr. *Gen.* 15, 16. *Gen.* 37, 33-35. 2 *Sam.* 19, 1).
3. También la falta de prole, (cfr. *Tob.* 10, 1-7; cfr. edam *Jer.* 6, 26; *Am.* 8, 10; *Zac.* 12, 10).
4. la nostalgia de la patria, (cfr. *Gen.* 15, 2. *Gen.* 30, 1. 1 *Sam.* 1, 6-10)
5. la persecución y hostilidad del ambiente, (cfr. *Salmo* 137 [136]).
6. el escarnio y la irrisión hacia quien sufre, (cfr. *Salmo.* 22 [21], 17-21), *Jer.* 18, 18).
7. la soledad y el abandono. (cfr. *Job* 19, 18; 30, 1. 9 *Salmo.* 22 [21], 7-9; *Salmo.* 42 [41], 11; *Salmo.* 44 [43], 16-17, *Jer* 20, 7, e *Is.* 53, 3).
Y otros más, (cfr. *Salmo.* 22 [21], 2-3; *Salmo.* 31 [30], 13; *Salmo.* 38 [37], 12; *Salmo.* 88 [87], 9. 19; *Jer.* 15, 17 e *Is.* 53, 3).
8. como el remordimiento de conciencia, (*Salmo.* 51 [50], 5), *Is.* 53, 3-6; *Zac.* 12, 10)
9. la dificultad en comprender por qué los malos prosperan y los justos sufren, (cfr. *Salmo.* 73 [72], 3-14, *Qo.* 4, 1-3).
10. la infidelidad e ingratitud por parte de amigos y vecinos, (cfr. *Job* 19, 19; *Salmo.* 41 [40], 10; *Salmo.* 55 [54], 13-15; *Jer.* 20, 10; *Sir.* 37, 1-6).
11. las desventuras de la propia nación. 16) (cfr. *Salmo.* 44 [43], 10-17; *Salmo.* 77 [76], 3-11; *Salmo.* 79 [78], 11; *Salmo.* 89 [88], 51; *Is.* 22, 4; *Jer.* 4, 8; 13, 17; 14, 17-18; *Ez.* 9, 8; 21, 11-12; *Dan.* 3, 31-40; *Dan.* 9, 16-19).

El Antiguo Testamento, tratando al hombre como un «conjunto» psicofísico, une con frecuencia los sufrimientos “morales» con el dolor de determinadas partes del organismo:

1. de los huesos, Cfr. e. gr. *Is.* 38, 13; *Jer.* 23, 9; *salmo.* 31 (30), 10-11; *salmo.* 42 (41), 10-11.
2. de los riñones, Cfr. *Salmo.* 73 (72), 21; *Job* 16, 13; *Lam.* 3, 13.
3. del hígado, Cfr. *Lam.* 2, 11.
4. de las vísceras, Cfr. *Is.* 16, 11; *Jer.* 4, 19; *Job* 30, 27; *Lam.* 1, 20.
5. del corazón. Cfr. 1 *Sam.* 1, 8; *Jer.* 4, 19; 8, 18; *Lam.* 1, 20-22; *Salmo.* 38 (37), 9. 11.

En efecto, no se puede negar que los sufrimientos morales tienen también una parte «física» o somática, y que con frecuencia se reflejan en el estado general del organismo.”²

² http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/hlthwork/documents/hf_jp-ii_apl_11021984_salvifici-doloris_sp.html #6

Todos podemos sufrir SOLOS o en COMPAÑÍA de otros, especialmente uniendo nuestros sufrimientos al Sacrificio Redentor de Cristo.



Más aún que esta descripción de la pasión nos impresiona en las palabras del profeta *la profundidad del sacrificio de Cristo*. Él, aunque inocente, se carga con los sufrimientos de todos los hombres, porque se carga con los pecados de todos. «Yavé cargó sobre él la iniquidad de todos»: *todo* el pecado del hombre en su extensión y profundidad es la verdadera causa del sufrimiento del Redentor. Si el sufrimiento «es medido» con el mal sufrido, entonces las palabras del profeta permiten comprender *la medida de este mal* y de este sufrimiento, con el que Cristo se cargó. Puede decirse que éste es sufrimiento «sustitutivo»; pero sobre todo es «redentor». El Varón de dolores de aquella profecía es verdaderamente aquel «cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». (Jn 1, 29) En su sufrimiento los pecados son borrados precisamente porque Él únicamente, como Hijo unigénito, pudo cargarlos sobre sí, asumirlos *con aquel amor hacia el Padre que supera* el mal de todo pecado; en un cierto sentido aniquila este mal en el ámbito espiritual de las relaciones entre Dios y la humanidad, y llena este espacio con el bien.³

Los textos del Nuevo Testamento expresan en muchos puntos este concepto. En la segunda carta a los Corintios escribe el Apóstol: *«En todo apremiados, pero no acosados; perplejos, pero no desconcertados; perseguidos, pero no abandonados; abatidos, pero no aniquilados, llevando siempre en el cuerpo la muerte de Cristo, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro tiempo. Mientras vivimos estamos siempre entregados a la muerte por amor de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestra carne mortal... sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús, también con Jesús nos resucitará...».* (2 Cor. 4, 8-11. 14.)

San Pablo habla de diversos sufrimientos y en particular de los que se hacían partícipes los primeros cristianos «a causa de Jesús». Tales sufrimientos permiten a los destinatarios de la Carta participar en la obra de la redención, llevada a cabo mediante los sufrimientos y la

³ http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/hlthwork/documents/hf_jp-ii_apl_11021984_salvifici-doloris_sp.html #17

muerte del Redentor. *La elocuencia de la cruz y de la muerte* es completada, no obstante, por *la elocuencia de la resurrección*. El hombre halla en la resurrección una luz completamente nueva, que lo ayuda a abrirse camino a través de la densa oscuridad de las humillaciones, de las dudas, de la desesperación y de la persecución. De ahí que el Apóstol escriba también en la misma carta a los Corintios: «Porque así como *abundan en nosotros los padecimientos de Cristo*, así por Cristo abunda nuestra consolación». (2 Cor 1,5) En otros lugares se dirige a sus destinatarios con palabras de ánimo: «El Señor enderece vuestros corazones en la caridad de Dios y en la paciencia de Cristo». (2 Tes. 3, 5) Y en la carta a los Romanos: «Os ruego, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que *ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa y grata a Dios*: este es vuestro culto racional». (Rom 12, 1)



La participación misma en los padecimientos de Cristo halla en estas expresiones apostólicas casi una doble dimensión. Si un hombre se hace partícipe de los sufrimientos de Cristo, esto acontece porque Cristo *ha abierto su sufrimiento al hombre* porque Él mismo en su sufrimiento redentor se ha hecho en cierto sentido partícipe de todos los sufrimientos humanos. El hombre, al descubrir por la fe el sufrimiento redentor de Cristo, descubre al mismo tiempo en él

sus propios sufrimientos, *los revive mediante la fe*, enriquecidos con un nuevo contenido y con un nuevo significado.

Este descubrimiento dictó a san Pablo palabras particularmente fuertes en la carta a los Gálatas: «Estoy crucificado con Cristo y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y aunque al presente vivo en carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí». (Gal 2, 19-20) La fe permite al autor de estas palabras conocer el amor que condujo a Cristo a la cruz. Y si amó de este modo, sufriendo y muriendo, entonces por su padecimiento y su muerte *vive en aquél al que amó así*, vive en el hombre: en Pablo. Y viviendo en él —a medida que Pablo, consciente de ello mediante la fe, responde con el amor a su amor— Cristo *se une* asimismo de modo especial *al hombre*, a Pablo, *mediante la cruz*. Esta unión ha sugerido a Pablo, en la misma carta a los Gálatas, palabras no menos fuertes: «Cuanto a mí, jamás me *gloriaré* a no ser en la *cruz* de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo». ⁴ (Gal 6,14)

⁴ http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/hlthwork/documents/hf_jp-ii_apl_11021984_salvifici-doloris_sp.html #20

El sufrimiento, en efecto, es siempre *una prueba* —a veces una prueba bastante **dura**—, a la que es sometida la humanidad. Desde las páginas de las cartas de San Pablo nos habla con frecuencia aquella *paradoja evangélica de la debilidad y de la fuerza*, experimentada de manera particular por el Apóstol mismo y que, junto con él, prueban todos aquellos que participan en los sufrimientos de Cristo. Él escribe en la segunda carta a los Corintios: «Muy gustosamente, pues, continuaré gloriándome en mis debilidades para que habite en mí la fuerza de Cristo». (2 Cor 12,9) En la segunda carta a Timoteo leemos: «Por esta causa sufro, pero no me avergüenza, porque sé a quién me he confiado». (2 Tim 1,12) Y en la carta a los Filipenses dirá incluso: «*Todo lo puedo en aquél que me conforta*». (Filp 4,13)

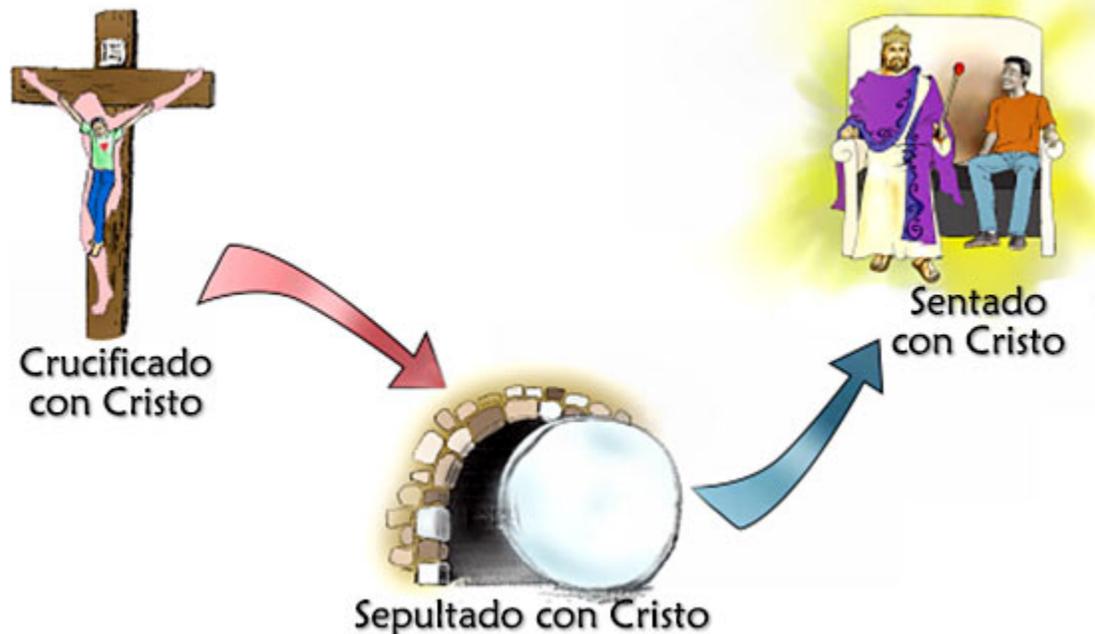


Quienes participan en los sufrimientos de Cristo tienen ante los ojos el misterio pascual de la cruz y de la resurrección, en la que Cristo descende, en una primera fase, hasta el extremo de la debilidad y de la impotencia humana; en efecto, Él muere clavado en la cruz. Pero si al mismo tiempo en esta *debilidad* se cumple su *elevación*, confirmada con la fuerza de la resurrección, esto significa que las debilidades de todos los sufrimientos humanos pueden ser penetrados por la misma fuerza de Dios, que se ha manifestado en la cruz de Cristo. En esta concepción *sufrir significa* hacerse particularmente *receptivos*, particularmente *abiertos a la acción de las fuerzas salvíficas de Dios*, ofrecidas a la humanidad en Cristo. En Él Dios ha demostrado querer actuar especialmente por medio del sufrimiento, que es la debilidad y la expoliación del

hombre, y querer precisamente manifestar su fuerza en esta debilidad y en esta expoliación. Con esto se puede explicar también la recomendación de la primera carta de Pedro: «Mas si por cristiano padece, no se avergüence, antes glorifique a Dios en este nombre». (1 Pe 4, 16)

En la carta a los Romanos el apóstol Pablo se pronuncia todavía más ampliamente sobre el tema de este «nacer de la fuerza en la debilidad», del *vigorizarse espiritualmente* del hombre en medio de las pruebas y tribulaciones, que es la vocación especial de quienes participan en los sufrimientos de Cristo. «*Nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabedores de que la tribulación produce la paciencia; la paciencia, una virtud probada, y la virtud probada, la esperanza. Y la esperanza no quedará confundida, pues el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado*». (Rom 5, 3-5) En el sufrimiento está como contenida una particular *llamada a la virtud*, que el hombre debe ejercitar por su parte. Esta es la virtud de la perseverancia al

soportar lo que molesta y hace daño. Haciendo esto, el hombre hace brotar la esperanza, que mantiene en él la convicción de que el sufrimiento no prevalecerá sobre él, no lo privará de su propia dignidad unida a la conciencia del sentido de la vida. Y así, este sentido se manifiesta junto con *la acción del amor de Dios*, que es el don supremo del Espíritu Santo. A medida que participa de este amor, el hombre se encuentra hasta el fondo en el sufrimiento: reencuentra «el alma», que le parecía haber «perdido» (Mc 8, 15; Lc 9, 24; Jn 12, 25) a causa del sufrimiento.



Sin embargo, la experiencia del Apóstol, partícipe de los sufrimientos de Cristo, va más allá. En la carta a los Colosenses leemos las palabras que constituyen casi la última etapa del itinerario espiritual respecto al sufrimiento. San Pablo escribe: «Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros y *suplo* en mi carne *lo que falta a las tribulaciones* de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia». (Col 1, 24) Y él mismo, en otra Carta, pregunta a los destinatarios: «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?». (1 Cor 6,15) En el misterio pascual Cristo ha dado comienzo *a la unión con el hombre en la comunidad de la Iglesia*. El misterio de la Iglesia se expresa en esto: que ya en el momento del Bautismo, que configura con Cristo, y después a través de su Sacrificio — sacramentalmente mediante la Eucaristía— la Iglesia se edifica espiritualmente de modo continuo como cuerpo de Cristo. En este cuerpo Cristo quiere estar unido con todos los hombres, y de modo particular está unido a los que sufren. Las palabras citadas de la carta a los Colosenses testimonian el carácter excepcional de esta unión. En efecto, *el que sufre en unión con Cristo* —como en unión con Cristo soporta sus «tribulaciones» el apóstol Pablo— no sólo saca de Cristo aquella fuerza, de la que se ha hablado precedentemente, sino que «completa» con su sufrimiento lo que falta a los padecimientos de Cristo. En este marco evangélico se pone de relieve, de modo particular, la verdad *sobre el carácter creador del sufrimiento*. El sufrimiento de Cristo ha creado el bien de la redención del

mundo. Este bien es en sí mismo inagotable e infinito. Ningún hombre puede añadirle nada. Pero, a la vez, en el misterio de la Iglesia como cuerpo suyo, Cristo en cierto sentido ha abierto el propio sufrimiento redentor a todo sufrimiento del hombre. En cuanto el hombre se convierte en partícipe de los sufrimientos de Cristo —en cualquier lugar del mundo y en cualquier tiempo de la historia—, en tanto *a su manera completa* aquel sufrimiento, mediante el cual Cristo ha obrado la redención del mundo.

¿Esto quiere decir que la redención realizada por Cristo no es completa? No. Esto significa únicamente que la redención, obrada en virtud del amor satisfactorio, permanece *constantemente abierta a todo amor* que se expresa *en el sufrimiento humano*. En esta dimensión —en la dimensión del amor— la redención ya realizada plenamente, se realiza, en cierto sentido, constantemente. Cristo ha obrado la redención completamente y hasta el final; pero, al mismo tiempo, no la ha cerrado. En este sufrimiento redentor, a través del cual se ha obrado la redención del mundo, Cristo se ha abierto desde el comienzo, y constantemente se abre, a cada sufrimiento humano. Sí, parece que forma parte *de la esencia misma del sufrimiento redentor de Cristo* el hecho de que haya de ser completado sin cesar.

De este modo, con tal apertura a cada sufrimiento humano, Cristo ha obrado con su sufrimiento la redención del mundo. Al mismo tiempo, esta redención, aunque realizada plenamente con el sufrimiento de Cristo, vive y se desarrolla a su manera en la historia del hombre. Vive y se desarrolla como cuerpo de Cristo, o sea la Iglesia, y en esta dimensión cada sufrimiento humano, en virtud de la unión en el amor con Cristo, completa el sufrimiento de Cristo. Lo completa *como la Iglesia completa la obra redentora de Cristo*. **El misterio de la Iglesia —de aquel cuerpo que completa en sí también el cuerpo crucificado y resucitado de Cristo— indica contemporáneamente aquel espacio, en el que los sufrimientos humanos completan los de Cristo.** Sólo en este marco y en esta dimensión de la Iglesia cuerpo de Cristo, que se desarrolla continuamente en el espacio y en el tiempo, se puede pensar y hablar de «lo que falta a los padecimientos de Cristo». El Apóstol, por lo demás, lo pone claramente de relieve, cuando habla de completar lo que falta a los sufrimientos de Cristo, en favor de su cuerpo, que es la Iglesia.

Precisamente *la Iglesia*, que aprovecha sin cesar los infinitos recursos de la redención, introduciéndola en la vida de la humanidad, *es la dimensión* en la que el sufrimiento redentor de Cristo puede ser completado constantemente por el sufrimiento del hombre. Con esto se pone de relieve la naturaleza divino-humana de la Iglesia. El sufrimiento parece participar en cierto modo de las características de esta naturaleza. Por eso, tiene igualmente un valor especial ante la Iglesia. Es un bien ante el cual la Iglesia se inclina con veneración, con toda la profundidad de su fe en la redención. Se inclina, juntamente con toda la profundidad de aquella fe, con la que abraza en sí misma el inefable misterio del Cuerpo de Cristo.⁵

⁵ http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/hlthwork/documents/hf_jp-ii_apl_11021984_salvifici-doloris_sp.html#23 y 24

- **Algunas formas de sacrificio y donación cristianas son:**

a. *La celebración de la Eucaristía*, el sacrificio por excelencia.

b. *Las ofrendas u oblaciones*: como el diezmo, las limosnas, etc.

c. *Las obras de caridad y misericordia*: como el apostolado y las misiones.

d. *La penitencia*: como el ayuno y la abstinencia y la mortificación de las pasiones y los sentidos.

e. *La oración*

Preguntas para reflexión con la familia:

1. ¿Qué podemos ofrecer a Dios que no nos haya dado?
2. ¿Qué sacrificios podemos ofrecer a Dios que son agradables?
3. ¿Cómo podremos ofrecer nuestros sufrimientos personales por el bienestar de nuestra familia?
4. ¿Qué cosas debemos recortar de nuestro presupuesto para sentirnos menos presionados económicamente?
5. ¿Qué cosas que consideramos esenciales en verdad son mundanas y superficiales en nuestra familia?
6. ¿Cuánto podemos ofrecer a Dios en nuestra limosna dominical que refleje nuestro sacrificio o esfuerzo por ayudar a nuestra parroquia a cumplir su función evangelizadora?
7. ¿Qué sacrificio haremos como familia para poder orar juntos durante cuaresma?
8. ¿Qué ofrenda espiritual podemos presentar cada domingo a Dios en el ofertorio cuando venimos a misa?